
PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Cumbre Iberoamericana Los participantes

Ayer comenzaron a llegar a Guadalajara los jefes de Estado y de gobierno (en total de 21 países) que hoy jueves y mañana viernes se reunirán en una insólita Cumbre Iberoamericana, auspiciada por el gobierno de México.

18 Julio - 1991

No es la primera vez que un número tan alto de estadistas se congrega en nuestro territorio. En octubre de 1981 tuvo lugar en Cancún la reunión Norte-Sur propiciada por los gobiernos de Canadá, Austria y México, y la Internacional Socialista, a efecto de facilitar el diálogo entre los países ricos y los pobres. La cumbre no arrojó resultado alguno y su fracaso es una de las causas formales de que la década, que entonces se iniciaba, haya sido tan catastrófica para los productores de materias primas y deudores de los mayores créditos.

La reunión de Guadalajara tiene menos empaque formal que aquella. No hay propiamente hablando una comunidad iberoamericana, ni es dable que surja merced al encuentro de los jefes de Estado y de gobierno en esta oportunidad. Aunque se insiste en que no tiene relación alguna con las celebraciones por el Quinto Centenario del viaje de Colón, que España patrocina rumbosamente, es

claro que en ese contexto es como puede ser mejor entendida. A menos que se muestre lo contrario, se trata de una cumbre más escenográfica que de efectos reales, destinada entre otros asuntos a reforzar la imagen del gobierno mexicano, por su capacidad de convocatoria, y en lo personal la del Presidente Salinas, que una vez más aparecerá alternando con jefes de Estado que han ganado ya un lugar en la historia.

Es difícil establecer rangos entre los participantes, pero es probable que las dos figuras sobresalientes, aun por su talla física, sean el presidente de Cuba y el rey de España, que no están por cierto en la mejor de las relaciones posibles, merced a la referencia hecha por Castro a Juan Carlos cuando alguien protestó por la falta de democracia electoral en Cuba: ¿Y quién eligió a ese Borbón?, preguntó Fidel a su interlocutor.

Cada uno a su estilo y en su circunstancia contribuyeron de modo protagónico a transformar a sus países. Hoy la estrella de Castro está en declinación, pero ni siquiera la baja cotización en la política

mundial de las ideas socialistas alcanza a disminuir el tamaño histórico de su figura. A la cabeza de un puñado de combatientes, arrojó de la silla presidencial a un dictador dotado de apoyo militar, y que contaba con la simpatía norteamericana. Pero eso por sí solo no hubiera bastado para dar a Castro la dimensión alcanzada por él y la Revolución Cubana. Fue la defensa de ésta frente a Estados Unidos, verdadera réplica de la lucha de David contra Goliath, y la consecuente implantación del socialismo en Cuba, lo que proyectó a Fidel a las alturas de héroe latinoamericano. Las dificultades crecientes en el mercado de consumo en esa isla, y las siempre presentes complicaciones de un sistema que no puede dejar de ser autoritario porque vive dañado por el hostigamiento perpetuo procedente del exterior, probablemente pongan en entredicho el proyecto socialista. Pero nada borrarán el papel de Castro como guardián de la soberanía cubana frente a una potencia que se ofendió al perder su patio trasero, el burdel y el casino a que había reducido a esa isla.

El rey Juan Carlos, a su vez, encabezó con enorme prestancia la transición española a la democracia. No obstante el origen de su poder: la designación hecha por Franco, diabólicamente destinada a enfrenar a Juan Carlos con su padre el Conde de Barcelona, que se consideraba con derecho al trono, el monarca español comprendió que su misión histórica era propiciar precisamente el desmantelamiento del régimen que lo hizo acceder a la Corona. Las resistencias de la Iglesia —que todavía no se resigna a la pérdida de aquella teocracia— y del Ejército, en que se fundó el franquismo, no fueron bastantes para impedir el advenimiento de la democracia. Y en ese proceso la figura de Juan Carlos fue imprescindible, pues legitimó el cambio ante los inmovilistas y frenó a quienes hubieran querido correr a mayor velocidad, aun a riesgo de volver a los años treinta. Por eso su reinado es tan universalmente aplaudido, al punto de que no pocos republicanos españoles proclaman hoy una fórmula ingeniosa y contradictoria: ¡Muera la monarquía! ¡Viva el Rey!